Cantaré con el espíritu, pero también con la inteligencia

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Que la gracia y la paz de nuestro Señor Jesucristo estén con ustedes.

Vivimos en una época marcada por la multiplicidad de voces. Los medios de comunicación no se detienen, las redes sociales no descansan, y las opiniones compiten constantemente por nuestra atención. En medio de este ruido continuo, muchos corazones se cansan: cargados de ansiedad, soledad, incertidumbre, dificultades familiares y preocupaciones por el futuro.

En esta realidad, la Iglesia no nos ofrece una novedad pasajera, sino un tesoro permanente: los Salmos.

San Ambrosio los llama "la voz de la Iglesia", la oración del Pueblo de Dios a lo largo de los siglos. Los Salmos no son solo poesía sagrada; son una verdadera escuela de oración. En ellos se expresa toda la experiencia humana ante Dios: la alabanza y el lamento, la acción de gracias y el dolor, el arrepentimiento y la esperanza.

Nos enseñan que orar no es huir de la vida, sino entrar en ella con Dios. La fe no elimina el sufrimiento, sino que lo presenta ante el Señor. Cuando estamos afligidos, los Salmos nos enseñan a clamar. Cuando estamos cargados por el pecado, nos enseñan a pedir misericordia. Cuando nos alegra la vida, nos enseñan a dar gracias. Cuando todo parece oscuro, nos enseñan a esperar.

Para los cristianos, los Salmos son más que oraciones antiguas: son la oración de Cristo mismo.

Nuestro Señor Jesucristo rezó los Salmos en la sinagoga, en la soledad, en su ministerio público y hasta en la Cruz. En Él, el clamor de la humanidad se convierte en canto de redención.

Cuando rezamos los Salmos, no lo hacemos solos: oramos con Cristo, por Cristo y en Cristo. Nuestra voz se une a la suya; nuestro sufrimiento se une a su Cruz; nuestra alabanza participa de su ofrenda eterna al Padre.

San Ambrosio nos recuerda además que la verdadera alabanza no se limita a los labios. El canto auténtico es una vida transformada por la gracia. No es posible alabar a Dios con palabras mientras se rechaza su llamada a la conversión. El himno más bello es una vida vivida en la fe, la caridad, la misericordia y la fidelidad al Evangelio.

San Pablo expresa esta unidad interior cuando dice: «Oraré con el espíritu, pero también con el entendimiento; cantaré con el espíritu, pero también con el entendimiento» (1 Corintios 14,15). La oración cristiana compromete a toda la persona: mente, corazón y vida. La fe debe transformar nuestras decisiones, nuestras relaciones y nuestro testimonio en el mundo.

Nuestro mundo necesita urgentemente este testimonio.

En una cultura marcada por la división, los cristianos estamos llamados a ser instrumentos de reconciliación. En un mundo herido por el desaliento, estamos llamados a ser portadores de esperanza. En una sociedad saturada de ruido, estamos llamados a ser hombres y mujeres atentos a la voz de Dios.

Por ello, les invito a redescubrir la oración de los Salmos. Recen un Salmo cada día. Hagan de ellos el lenguaje de sus mañanas. Acompañen con ellos los momentos de alegría y de dolor. Permitan que estas palabras inspiradas formen su corazón según Dios.

Que nuestros hogares se conviertan en escuelas de oración. Que nuestras parroquias sean comunidades de alabanza. Y que nuestra vida sea un testimonio vivo del Evangelio.

La Iglesia siempre ha cantado su fe. No permitamos que el ruido del mundo apague el canto de la esperanza. Que la alabanza sea más fuerte que la queja, la esperanza más fuerte que el desaliento, y la fe más fuerte que la duda.

Que la Santísima Virgen María, que magnificó al Señor con toda su vida, nos enseñe a cantar con el espíritu y con la inteligencia. Y que nuestra vida, redimida en Cristo y llena del Espíritu Santo, se convierta en un himno vivo para la gloria de Dios.

En Cristo,

P. Vilaire Philius
Párroco